

Ernest Sánchez Santiró, *Azúcar y poder. Estructura socioeconómica de las alcaldías mayores de Cuernavaca y Cuautla de Amilpas, 1730-1821*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos y Editorial Praxis, 2001, 331 p.

El debate sobre la naturaleza histórica de las sociedades latinoamericanas de la época de la colonia conoció su momento de esplendor en los sesenta/setentas, coincidiendo con el éxito del materialismo histórico como paradigma de análisis social. La posterior crisis del marxismo pareció convertir el viejo debate en algo completamente obsoleto. La historiografía de las décadas siguientes se decantó por un casi completo abandono de las grandes discusiones teóricas —la afirmación, matizada, es del propio Sánchez Santiró— en favor de investigaciones cada vez más fragmentadas e hiperespecializadas.

El libro de Sánchez Santiró aparece, en este contexto, como relativamente a contracorriente. No abandona la pretensión de una respuesta global al problema de la definición de las estructuras socioeconómicas de la sociedad novohispana, pero, al mismo tiempo, centra su análisis en un espacio regional limitado, el de las antiguas alcaldías mayores de Cuernavaca y Cuautla de Amilpas, y en una exhaustiva reconstrucción de las relaciones sociales y económicas que tuvieron lugar en este espacio geográfico entre 1730 y 1821. Cumple así, con creces —la afirmación es de Carlos Marichal en el prólogo de la obra—, los dos objetivos centrales a los que debe aspirar un buen libro de historia: “proporcionar información nueva y relevante sobre el periodo y espacio que ha elegido explorar el investigador” y formular “una serie de preguntas e hipótesis analíticas que inciten al debate”, debate que, no es necesario precisarlo, en este caso concreto tiene que ver, fundamentalmente, con la vieja

polémica sobre la naturaleza histórica de las sociedades latinoamericanas en la época colonial. Estamos, por lo tanto, ante una obra cuya ambición teórica va mucho más allá del análisis de un periodo histórico concreto y de una parcela de la historia determinada, pero anclada en un exhaustivo uso de fuentes de archivo, inéditas en algunos casos, sobre un ámbito espacio-temporal bastante restringido: el de las antiguas Alcaldías Mayores de Cuernavaca y Cuautla de Amilpas entre 1730 y 1820.

El interés por recuperar el “olvidado” debate de los sesenta es explícito ya desde las primeras páginas. La introducción se titula “una historia olvidada”, en la que se hace un escueto, pero preciso, resumen de las polémicas a propósito de los modos de producción en América Latina, desde la temprana afirmación de Ciro Cardoso, a propósito de la especificidad de las sociedades coloniales americanas, hasta las últimas precisiones de Brígida von Mentz y Cheryl Martin, en torno las peculiaridades del Morelos colonial. Se repasan aquí las principales aportaciones al debate (Chávez Orozco, Gunder Frank, Chiaramonte, Carmagnani, Ruggiero Romano, Enrique Semo, etcétera) y los puntos de fricción más significativos. Esta revisión historiográfica concluye con una propuesta teórica, precisa y polémica: “el periodo 1730-1810 marca el tránsito en la región [Morelos] de una producción azucarera predominantemente esclavista a otra predominantemente feudal”. Es decir se retoma uno de los grandes hitos de la historiografía sobre los modos de producción, el de la transición del esclavismo al feudalismo.

El debate teórico continúa en los sucesivos capítulos, en los que se sigue polemizando con la literatura histórica a la que se ha hecho referencia en la introducción, pero ahora ya en torno a los datos aportados por el autor sobre el ámbito espacio-temporal definido en el título. Resalta aquí, nuevamente, tanto la pertinencia como la amplitud de las fuentes consultadas (padrones, alcabalas, etcétera) en archivos tan distintos como el Archivo Histórico del Arzobispado de México o el Archivo General de Indias de Sevilla.

El resto del libro se articula en cuatro capítulos temáticos que estudian los principales aspectos de la economía azucarera de la región: la producción (capítulo primero: azúcar y aguardiente de caña), la mano de obra (capítulo segundo: esclavos, gañanes y jornaleros), el comercio (capítulo tercero: mercados y precios del azúcar y aguardiente) y el capital (capítulo cuarto: hacendados y comerciantes).

En el capítulo primero se analiza la formación de las haciendas azucareras morelenses, los conflictos entre haciendas, pueblos de indios y labradores independientes por el control de recursos, el nacimiento y desarrollo de una economía azucarera y la importancia de los derivados del azúcar, como el aguardiente de caña, en la producción de la región. El entrecruzamiento de diferentes fuentes (alcabalas, diezmos, informes de colecturías, libro de actas del cabildo, etcétera) permite una reconstrucción bastante precisa de la evolución de la producción azucarera y sus fluctuaciones a lo largo del periodo.

Una vez reconstruido el entramado productivo se pasa, capítulo segundo, a analizar la estructura social a que aquél dio origen. Es este uno de los capítulos más complejos y polémicos del libro. Después de un análisis demográfico realmente exhaustivo (evolución de la población, composición étnica, situación jurídica, actividades económicas, salarios, relaciones sociales y participación de cada grupo en la producción azucarera) se concluye definiendo “las relaciones sociales de producción en la región azucarera de Cuernavaca y Cuautla de Amilpas” como “relaciones sociales de producción feudales”. Se retoma así la antigua afirmación de Ruggiero Romano, a propósito del conjunto de la Nueva España del siglo XVIII, con la que explícitamente el autor está de acuerdo.

En el capítulo tercero se estudia la inserción de esta economía azucarera regional en el espacio económico novohispano. El comercio del azúcar, y del aguardiente de caña, dirigido casi en exclusiva a la ciudad de México, pone en relación la economía azucarera de Cuernavaca y Cuautla de Amilpas con un ámbito regional más amplio. Es el mercado de la capital del virreinato el que fija los precios y es ahí, por lo tanto, donde deben ser analizadas sus fluctuaciones. Fluctuaciones que se explican tanto desde la perspectiva de la demanda global y las variaciones de los precios en el mercado internacional como desde la de un análisis particularizado, casi de microhistoria, sobre los factores que determinaban la demanda (platillos novohispanos en los que se utilizaba azúcar, hábitos alimenticios de los diferentes grupos sociales de la ciudad de México, variaciones en el tipo de cacao utilizado, etcétera). Paralelamente se analizan, a partir de la recaudación de alcabalas de ambas alcaldías, las características y evolución del mercado interno de la región.

Cierra el libro un análisis sobre los hacendados y su evolución a lo largo del periodo. Se presta atención especial al desplazamiento, perfectamente documentado, de la iglesia por los mercaderes del consulado de la ciudad de México en la propiedad de las haciendas a finales del siglo XVIII y a la categorización social de estos nuevos propietarios. Se retoma así el discurso de fondo de toda la obra, ahora desde la perspectiva de la élite propietaria y de su posible caracterización como clase social. Partiendo de la afirmación, explícita, de que “las relaciones sociales de producción son la base real, el elemento que constituye la estructura económica de la sociedad” y de que las relaciones de los hacendados azucareros “se basaron predominantemente en relaciones de coerción extra-económica”, se concluye por definir a los hacendados como una clase social “poliédrica”, pero de carácter netamente feudal. Lo que supone rechazar el carácter dual que algunos autores han querido ver en unas haciendas de estructuras internas señoriales pero económicamente modernas hacia el exterior.

En definitiva un libro polémico, que resucita un viejo debate, quizás prematuramente enterrado, y al que, se esté de acuerdo o no con su planteamiento de partida, hay que reconocer un impecable trabajo de historiador, un admirable equilibrio entre análisis teórico y utilización de fuentes y una perfecta articulación de la historia económica con la historia social.

Tomás PÉREZ VIEJO

Universidad Autónoma del Estado de Morelos (México)